



22 de julio de 1881¹

Imitando el amor lleno de fe, humildad y gratitud de Santa Magdalena.

Santa María Eugenia de Jesús

Mis queridas hijas:

Varias órdenes religiosas, entre ellas la de Santo Domingo, celebran con gran solemnidad la fiesta de Santa Magdalena. Los dominicos tienen dos patronos especiales, además de los santos de su orden: santa Catalina de Alejandría, patrona de sus estudios, y santa Magdalena, patrona del amor penitente. Para hablar hoy de esta última santa desde el punto de vista de su gran amor a nuestro Señor Jesucristo, que es la gracia preciosa que todas hemos de pedir y que es el favor celestial con que el Señor la distinguió, tomaré algunas de las cualidades de este amor.

En primer lugar, hermanas mías, para que nuestro amor a nuestro Señor sea verdaderamente un amor divino, nunca debemos separar en nuestro Señor la plenitud de las perfecciones divinas de la plenitud de las perfecciones humanas.

Me inquieta, cuando oigo hablar de santa Magdalena, cuando parece decirse que su amor a Nuestro Señor estaba dictado por la plenitud de las perfecciones humanas. Es evidente que nuestro Señor las tenía todas. Es evidente que una vez vimos la perfección humana en lo que parecía imposible, si se me permite la expresión. Está claro que en nuestro Señor encontramos la perfección de la bondad, de la belleza, de la misericordia, de la sabiduría. Todo lo humano en él es perfecto, admirable, adorable. Me detendré aquí. ¿Por qué adorable? Porque todo lo humano en nuestro Señor se relacionaba con la segunda persona de la Santísima Trinidad. Era el Verbo divino, Dios hecho hombre, adorable en todos sus actos, en todas sus perfecciones humanas, como en sus perfecciones divinas.

Nuestro Señor mismo quiso expresamente que todos los que se apegaban a él se apegaran en él con Dios, con Cristo, con el enviado. Lo vemos en el Evangelio, y cuando uno de sus interlocutores le dijo: *Maestro bueno*, él respondió: *¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios*². No quiere que su bondad visible se relacione con otra cosa que no sea su persona divina. Este es el primero de todos los amores, el amor que no tiene comparación, el amor al que aspiramos.

Llegará un día (se dice que no lo deseamos bastante), llegará un día en que veremos cara a cara esta bondad incomparable, esta belleza admirable, este resumen de toda

¹ Fiesta de Sta. Magdalena

² Mc 10, 17-18.

perfección divina y humana, nuestro Señor Jesucristo, Dios y hombre a la vez. Sin duda, y ésta será nuestra bienaventuranza esencial, veremos a Dios uno y trino, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, tal como somos capaces de verlos: la luz de la gloria compensará la desproporción que existe entre Dios y nosotros. *Actualmente* -dice San Pablo- *vemos una imagen borrosa en un espejo*, es decir, por medio de criaturas; *aquel día lo veremos cara a cara*³. *Lo veremos tal cual es*⁴, añade San Juan, tal como subsiste en su propia naturaleza. Visión intuitiva significa visión inmediata. Dios se unirá, pues, inmediatamente a nuestra alma para ser, inmediatamente y sin intermediario alguno, visto y gustado por ella. Dios no sólo será el objeto de nuestra visión, sino el medio por el que veremos.

Sin embargo, hermanas mías, la visión beatífica de Dios no se verá a través de nuestros ojos carnales. Nuestro cuerpo será glorificado, es cierto, pero seguirá siendo un cuerpo real. El ojo, o más bien el sentido de la vista, está ordenado y limitado por su naturaleza -que la gloria perfeccionará, pero sin cambiarla ni destruirla- a percibir sólo objetos materiales. Pero Dios es espíritu. Lo que nuestros ojos verán es la humanidad santa y glorificada de nuestro Señor Jesucristo. Esperamos esto y, tras la visión intuitiva, lo contemplamos como la cumbre de nuestra felicidad.

Lo que esperamos ver en la eternidad fue una vez visible en la tierra. La segunda persona de la Santísima Trinidad se encarnó y habitó entre nosotros, como uno de nosotros, ocultando y velando a todas las miradas, bajo su manto de carne, la gloria de su divinidad. Sólo una vez, en la montaña, el Señor dejó traslucir un poco del resplandor que le pertenecía, y los mismos apóstoles quedaron impresionados. Normalmente lo velaba, porque los ojos humanos no habrían sido capaces de soportarlo.

Pero, como dice san Jerónimo, ¿podía velarlo todo? ¿No se manifestaban a pesar suyo tantas gracias, tantas perfecciones adorables? Si un pequeño imán atrae el acero y la paja, ¿no tenía la mirada de Jesucristo, la mirada de Dios mismo sobre su criatura, el poder de atraer, de encantar, de comunicarlo todo? Esto es lo que hizo con Santa Magdalena. Con una de sus miradas divinas, purificó su alma. Con una de sus santas palabras, perdonó todos sus pecados. El amor con el que Magdalena respondió a la misericordia de su Salvador era un amor lleno de fe, un amor en el que el respeto y la gratitud se combinaban con la constancia, con toda la ternura del afecto y del deseo.

Debemos pedir este amor, debemos pedir a Dios que nos haga muy sensibles a lo que poseemos aquí abajo, en la santa Iglesia. Poseemos a Jesucristo. Si, cuando bajó a la tierra, veló la gloria y el resplandor de su divinidad, ahora, cuando está en el altar, vela a la vez su gloria y su humanidad. No le tenemos menos. Es verdad que no nos habla con su boca humana, pero nos ha dejado su palabra en el Evangelio y en la Iglesia, de modo que en verdad no estamos privados ni de su presencia ni de su palabra.

Fijaos, hermanas mías, que hizo falta un amor lleno de fe para que se reconociera su divinidad en la humanidad de nuestro Señor. La mayoría de los hombres que vivían entonces en la tierra no reconocieron su divinidad. Es más, lo crucificaron y, como dice san Agustín: *Los judíos crucificaron a aquel a quien los Magos adoraban en la cuna*. Lo crucificaron cuando estaba en la plenitud de su gracia y de su sabiduría, cuando hacía milagros y conquistaba todos los corazones con la belleza de su enseñanza.

Por eso, cuando pedimos un gran amor, debemos pedir también una gran fe; no debemos separar ni por un momento la divinidad de nuestro Señor de su humanidad, para que todo nuestro amor y toda nuestra adoración se dirijan a Dios, a Dios hecho hombre. Así quiere el Señor ser amado. Si el amor de sus amigos y discípulos hubiera sido de otra manera,

³ 1 Co 13, 12.

⁴ 1 Jn 3, 2.

Nuestro Señor no lo habría aceptado, no lo habría querido ni un solo instante. El amor ardiente que dio a sus discípulos por su persona divina era un culto, un culto dirigido a la segunda persona de la Santísima Trinidad. Como en la Santísima Trinidad las tres personas son una, este culto se dirigía directamente a Dios.

Así pues, Magdalena tenía este amor que he llamado el primero de todos los amores, este amor lleno de fe que se dirigía a Dios. Cuando estaba a los pies de Jesús, cubriéndolos con sus besos y sus lágrimas, rociándolos con sus perfumes, enjugándolos con sus cabellos, pedía el perdón de sus pecados, que sólo Dios puede dar: *¿Quién es -decían los fariseos, hablando de Jesús- el que puede perdonar los pecados, sino sólo Dios?*⁵. En esto tenían razón, y porque Magdalena estaba convencida de su divinidad vino a pedirle perdón. Traía consigo una gratitud sin límites, pues eso es lo que nuestro Señor dijo de ella.

Todos conocéis la parábola de los deudores, y cómo Jesús muestra a los fariseos que a quien más le ha sido perdonado es el que debe agradecer y amar más. Es importante entender esto. Esto no significa que las almas inocentes, a las que Dios no ha perdonado ningún pecado, deban tener menos amor; eso sería absolutamente erróneo. Ninguna criatura ha amado a Dios más de lo que lo hizo la Santísima Virgen. Después de la Santísima Virgen, vemos santos cuya pureza igualaba su amor, Santa Teresa, por ejemplo.

Magdalena recibió tanto porque recibió el perdón de sus pecados. Los cristianos recibimos todo de Dios y le debemos gratitud. No estamos purificados, no estamos en la Iglesia, no estamos en estado de gracia sino porque Dios se nos da. Dios creó la pureza de la Santísima Virgen en su Inmaculada Concepción. Dios hizo meritoria a la Santísima Virgen comunicándose a ella en la Encarnación; elevó sus méritos a un grado que ninguna criatura podía alcanzar.

A nosotros, Dios se nos dio en el bautismo, hizo la pureza de nuestro vestido bautismal, en aquel momento en que éramos hijos de la ira; después, por los sacramentos, por las gracias que hemos recibido, por la palabra de verdad, por las enseñanzas del catecismo, Dios se nos da constantemente.

Ahora tenemos que proporcionar nuestra gratitud al don que hemos recibido. Si alguno de nosotras ha pecado, que se esfuerce, como decía santa Magdalena, en tener el mayor y más ferviente amor a Dios, cuya infinita misericordia ha limpiado sus manchas. Si hay algunos que no han pecado, que tengan un amor lleno de gratitud por todas las gracias que han recibido. Todo lo que se ha conservado en ellos ha sido conservado por Dios. Sin el bautismo, sin la educación cristiana, sin el catecismo, serían pecadores: la gracia de la preservación es, pues, una gracia muy grande.

Debemos dar gracias a Dios por ella todos los días, como debemos darle gracias todos los días por el don de la Encarnación y por todas las gracias que de la Encarnación fluyen hacia nosotras. Una cosa que falta mucho en la vida espiritual es conocer y apreciar el valor de los dones que recibimos de Dios.

No sopesamos todas las gracias, todos los dones de Dios. No somos como esas criaturas que hacen de su alma un perpetuo acto de acción de gracias, un incesante acto de adoración. Dios sale siempre a nuestro encuentro. Salió a nuestro encuentro cuando teníamos pocos días de vida y tomó posesión de nuestras almas por el bautismo. Sale constantemente a nuestro encuentro a través de todas las gracias que nos concede. Si miramos toda nuestra existencia, vemos, por una parte, a Dios que nunca nos abandona, que siempre sale a nuestro encuentro con una luz, una bondad, una misericordia particular. Por otro lado, si nos conocemos bien a nosotras mismas, nos veremos tantas veces superficiales, ingratas, que pasamos de largo ante la gracia y no la entendemos.

⁵ Lc 5, 21.

Jesucristo pasa, y muchas veces no lo vemos, no lo recibimos. A pesar de ello, debemos esperar que al final nos salvaremos, porque la gracia nunca se cansa. A fuerza de considerar el valor de la gracia, nos santificaremos, porque tomaremos con gratitud lo que Dios nos ha prodigado durante tantos años, con una bondad a la que no prestamos suficiente atención.

Esta es una segunda cosa que nos enseña Santa Magdalena: el amor agradecido. Cuando se arrojó a los pies de Jesucristo, fue adquirida para siempre por este divino Salvador. Fue suya con todas sus fuerzas, con todo lo que era. Ya no prestaba atención a los hombres. Se humilló ante ellos. Se acercó a Jesús en medio de los soberbios fariseos que la juzgaban y condenaban. ¡Qué le importaba no ser bien recibida! Más tarde, camino del Calvario y al pie de la cruz, ¿qué le importaron la muerte, el peligro y el dolor, con tal de mostrar a Jesús su amor y su gratitud?

Os dejo con estas dos reflexiones. La primera: un amor lleno de fe. Debemos conocer a Jesucristo como Dios, adorarlo, amarlo, admirar todas sus perfecciones divinas y todas sus perfecciones humanas, y alegrarnos de pertenecerle. Luego dije: un amor humilde y agradecido.

Si el nuestro tuviera estas dos cualidades, crecería cada día. Pidamos a Santa Magdalena que nos obtenga este amor. En la oración de su fiesta, la Iglesia nos recuerda que por su petición, cuatro días antes, Jesús resucitó a Lázaro. Si supiéramos rezarle, ¡cuántas gracias surgirían en nuestras almas! ¡Cuántas imperfecciones quedarían cubiertas, como quedaron cubiertos sus pecados! ¡Cuántos pobres pecadores resucitarían! Recémosle con fervor, y caminemos como corresponde a un amor humilde y agradecido.